

TRABAJO Y GLOBALIZACIÓN

IMANOL ZUBERO

Departamento de Sociología
Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

ABSTRACT

TRABAJO Y GLOBALIZACIÓN

Imanol Zubero

■ *El trabajo y los trabajadores se han visto fuertemente afectados por el actual proceso de globalización neoliberal. Su capacidad de lucha y de negociación se han visto radicalmente disminuidas. Pero la fase actual abre nuevas posibilidades para las luchas anticapitalistas. Si el movimiento obrero quiere formar parte activa de estas luchas habrá de recuperar el contenido moral de sus reivindicaciones.*

LANA ETA GLOBALIZAZIOA

Imanol Zubero

■ *Egungo globalizazio neoliberalaren prozesuak eragin handia izan du lanean eta langileengan. Horiek duten borrokarako eta negoziatziorako abalmena ikaragarri murriztu da. Baina gaur egungo faseak aukera berriak ematen ditu kapitalisten aurkako borrokarako eta langileen mugimenduak borroka horietan modu aktiboan parte hartu nahi badu, bere errebindikazioen eduki moralala berreskuratzea behar du.*

WORK AND GLOBALISATION

Imanol Zubero

■ *Work and workers have been strongly affected by the present process of neo-liberal globalisation. Their capacity for struggle and negotiation has diminished drastically. Nevertheless, this present phase opens new possibilities for anti-capitalist struggles. For the labour movement to be an active part of such struggles, it must focus on the moral content of its vindications.*

¿Globalización del trabajo?

Compro un libro para mi hija. Se titula *Baserri alaiia*. Un vistazo a su contraportada me informa de que tengo entre mis manos un producto global. En su origen la historia procede de un libro publicado en inglés por una editorial ubicada en la ciudad de Surrey, en Gran Bretaña. La traducción del inglés al castellano fue realizada por una editorial de Buenos Aires, Argentina. Publicado en euskera por una editorial de San Sebastián, las tareas de impresión, es decir, la confección física del libro, tuvieron lugar en Tailandia. Desde Tailandia los ejemplares volvieron a Euskadi y se distribuyeron por las librerías. Y esto si nos fijamos tan sólo en las tareas de edición e impresión, que no agotan todo el proceso de composición y venta del libro. ¿De dónde procedía la madera utilizada para elaborar el papel? ¿Dónde se realizó la transformación?

Estamos hablando de un simple libro. Pensemos en un producto más complejo, como por ejemplo un coche. Robert Reich presenta un ejemplo del complejo funcionamiento de esta nueva red transnacional: «Cuando un norteamericano compra un Pontiac Le Mans a General Motors, inconscientemente está realizando una transacción internacional. De los 10.000 dólares que paga a General Motors, cerca de 3.000 van a Corea del Sur, donde se efectuaron los trabajos de rutina y las operaciones de montaje; 1.750 dólares van a Japón por la fabricación de los componentes de vanguardia (motores, eje de dirección e instrumentos electrónicos); 750 dólares a Alemania por el diseño y el proyecto del prototipo; 400 dólares a Taiwan, Singapur y Japón por los pequeños componentes; 250 dólares a Gran Bretaña por los servicios de marketing y publicidad; y cerca de 4.000 dólares pasan a los intermediarios estratégicos de Detroit, a los abogados y banqueros de Nueva York, a los *lobbys* en Washington, a las aseguradoras de todo el país, y a los accionistas de General Motors —la mayoría de los cuales son norteamericanos, aunque hay un número creciente de extranjeros» (Reich, 1993: 121).

Es la globalización, decimos. Nos hemos acostumbrado a desayunarnos con noticias sobre deslocalizaciones, anuncios de empresas que desplazan su producción a otros países, informes sobre la creciente presencia de trabajadores extranjeros en determinados sectores productivos, etc.¹ Como la información («Está

¹ Sólo unos pocos ejemplos de estos últimos días: «Electrolux plantea el cierre de su fábrica riojana, con 454 trabajadores. La multinacional sueca trasladará la producción a países con salarios más ba-

pasando, lo estás viendo»: así se publicitaba Canal + durante la guerra de Irak); como los productos que consumimos, los artefactos que manejamos o las prendas que vestimos; como el capital (según algunas fuentes, en 1998 las transacciones diarias en los mercados cambiarios alcanzaron un total de 1,4 billones de dólares, una cantidad cien veces mayor a la suma necesaria para cubrir las transacciones de bienes y servicios realizadas en ese mismo año)²; como los efectos del cambio medioambiental; como el «riesgo», mismo (Beck habla de la *sociedad del riesgo global*); como todo ello, el trabajo se ha vuelto un hecho global.

«Internacionalización», «globalización», «mundialización», son conceptos utilizados para denominar el nuevo estadio de un viejo proceso que supera los límites de la economía: el histórico encuentro entre las distintas regiones del mundo y sus desiguales resultados. Siglos de conflictiva relación han generado una auténtica *economía-mundo* capitalista (Wallace, 1990; Kindleberger, 1996), con perdedores y ganadores: la imagen Norte-Sur resume esta situación. A la luz de los trabajos de diversos autores, los rasgos principales del proceso de globalización de la economía son los siguientes:

- La economía capitalista mundial se convierte en el nuevo escenario para la acumulación de capital, escenario que supera a la acumulación a escala nacional, característica de la etapa de formación de mercados interiores. Esta acumulación a escala mundial implica una determinada forma de relación entre los agentes, dando lugar a la actuación de corporaciones transnacionales, en torno a cuya actuación se internacionaliza la economía y, más aún, se configura un auténtico *sistema global* (Sklair, 2003).
- La internacionalización afecta a todo el conjunto del capital social: al ciclo del capital-mercancía, basado en la expansión del comercio internacional; al ciclo del capital-dinero, cuya máxima expresión es la exportación de capitales y la difusión de la inversión directa en el extranjero, acompañada de una profunda interrelación monetaria y financiera entre los diversos países; y al ciclo del capital productivo, cuya base se encuentra en la posibilidad de fragmentar los procesos productivos en busca de mayores rentabilidades del capital.
- Esta internacionalización se da en el marco de un sistema estructuralmente estable, constituido por un *centro* (economías capitalistas con desarrollo autónomo, autocentrado, integrado y expansivo) y una *periferia* (eco-

jos» (*El País*, 21/4/2005). «El sector de la máquina herramienta advierte del peligro de deslocalización de empresas» (*El País*, 22/4/2005). «Un tsunami chino ahoga la industria textil europea» (*El Correo*, 1/5/2005). «La crisis textil del Magreb amenaza con provocar una nueva oleada de inmigración. Un tercio de los empleos del sector pelagra por el auge de la penetración china» (*El País*, 3/5/2005).

² *El Atlas de Le Monde Diplomatique*, abril 2003, p. 32. Utilizamos el término billón para indicar «millón de millones».

nomías dependientes, extravertidas, con desarrollo inducido desde fuera, desarticuladas y explotadas).

- Las relaciones que se establecen entre los países del centro y de la periferia son relaciones de intercambio desigual, generando una situación de dependencia y supeditación que afecta a todos los ámbitos: económica, comercial, política, militar, ideológica, tecnológica (Vidal, 1987: 16-17).

¿Qué es lo nuevo, lo radicalmente nuevo, de la actual fase de internacionalización? Manuel Castells diferencia entre economía *mundial* (la descrita por Wallerstein y, antes que él, por Braudel), una economía en la que la acumulación de capital ocurre en todo el mundo, y la nueva economía *global*, caracterizada por ser «una economía con la capacidad de funcionar como una unidad en tiempo real a escala planetaria» (Castells, 1997: 119-124). En la práctica, sin embargo, tal capacidad sólo es posible en lo que se refiere a los mercados financieros (no así en los mercados laborales, de bienes y servicios, o en lo que tiene que ver con la ciencia y la tecnología).

No es el trabajo lo que se ha globalizado (en el sentido definido por Castells), sino el proceso de trabajo. La distinción es importante. A diferencia de lo que ocurre con el capital, potencialmente globalizable en todas y cada una de sus unidades (dólares, euros), el trabajo es indisociable de la persona trabajadora. Por su propia naturaleza, las personas no pueden ni deben ser movilizadas en el mercado global de la misma manera que otros factores de producción: no pueden desplazarse por el mundo en tiempo real, como el capital; no deben almacenarse, acumularse como *stock*, trasladarse de un mercado a otro en busca de la mejor relación de coste, etc. Pero, por encima de todo, al capitalismo global no le interesa que las personas puedan moverse por el mundo con libertad.³ Porque la libertad de movimientos va asociada a la disposición de derechos. Y hoy como siempre —esto no cambia— la vieja batalla entre el proyecto político democrático orientado a la creciente desmercantilización de todos aquellos ámbitos de la existencia que nos permiten hablar de derechos y libertades, y la tendencia del capitalismo a mercantilizar cada vez más aspectos de nuestras vidas, sigue abierta.

La situación del trabajo en el mundo

En 1974 Harry Braverman publicaba su ya clásico *Labor and Monopoly Capitalism. The Degradation of Work in the Twentieth Century*. Puede ser cierto que, como alguien ha dicho, la obra de Braverman debe ser recuperada para ayudar-

³ De ahí la importante distinción de José María Ridao en relación a los propósitos de las normas de extranjería: «Lo que persiguen es la contratación de *trabajadores irregulares*, no la *contratación irregular* de trabajadores» (Ridao, 2004: 130).

nos a interpretar las características actuales de los procesos de trabajo globalizados (Smith, 1995/96).

¿Qué está ocurriendo con el trabajo en el mundo? Siguiendo el informe *Tendencias mundiales de empleo*, publicado por la Organización Internacional del Trabajo (OIT, 2004), podemos presentar el siguiente panorama (datos referidos al año 2003):

- A pesar de la mejora experimentada por el crecimiento económico tras dos años de declive (3,2 por ciento), el desempleo no ha dejado de crecer en la última década. Este incremento del desempleo ha afectado especialmente a los jóvenes, de manera que la tasa de desempleo juvenil en el mundo ha alcanzado una tasa del 14,4 por ciento, dos veces más que la tasa global de desempleo (6,2 por ciento). Según las estimaciones de la OIT, en 2003 había 185,9 millones de desempleados en busca de trabajo.

El desempleo en el mundo (en millones)

	1993	1998	2000	2001	2002	2003
Total	140,5	170,4	174,0	176,9	185,4	185,9
Hombres	82,3	98,5	100,6	102,7	107,5	108,1
Mujeres	58,2	71,9	73,4	41,3	77,9	77,8
Jóvenes, total	69,5	79,3	82,0	82,9	86,5	88,2
Jóvenes, varones	41,2	46,9	48,5	49,1	51,3	52,4
Jóvenes, mujeres	28,3	32,4	33,5	33,8	35,2	35,8

Fuente: OIT.

- Paralelamente al citado empeoramiento de las tasas de empleo, se detecta un preocupante estancamiento de los trabajadores pobres (con ganancias de un dólar o menos al día), asociados a estructuras de economía informal, llegando a los 550 millones. Más de 1.400 millones de trabajadores (la mitad de los alrededor de 2.800 millones de personas con empleo en el mundo) ganan menos de dos dólares diarios.
- Esta situación convierte en altamente improbable el objetivo de Naciones Unidas de reducir a la mitad la pobreza en el mundo para el año 2015. La OIT estima que, en el mejor de los casos, para esa fecha podría reducirse el porcentaje de trabajadores que viven en la pobreza del actual 49,7 por ciento al 40 por ciento.

Pero los datos cuantitativos no reflejan suficientemente la auténtica dimensión de lo que hoy está ocurriendo. Por ello, es fundamental fijarnos en algunas tendencias de fondo (Martin y Schumann, 1998: 123-173) que, de continuar progresando, amenazan gravemente no sólo el futuro del trabajo y de los trabajadores, sino los regímenes democráticos mismos.

1. Generalización de los sistemas de producción flexible (*lean production*)

El espacio transnacional permite suprimir o relativizar la vinculación de la actividad económica al espacio nacional, posibilitando así la extensión y la intensificación de los sistemas de producción flexible. En este nuevo contexto global los empresarios están poniendo en práctica la nueva fórmula mágica para la generación de riqueza, que no es otra que «capitalismo *sin trabajo* más capitalismo *sin impuestos*» (Beck, 1998: 20). Esta fórmula ha dotado a los empresarios transnacionales de un inmenso poder, ejercido en ausencia de cualquier otro contrapoder similar, basado en las posibilidades ofrecidas por el proceso de globalización:

- a) la posibilidad de exportar puestos de trabajo allí donde los costes laborales y las cargas fiscales sean menores;
- b) la posibilidad de repartir el proceso de trabajo a lo largo de todo el mundo, desmenuzando los procesos de producción;
- c) la posibilidad de utilizar los diversos espacios territoriales (ciudades, comarcas, países) en contra de ellos mismos, convirtiendo a sus respectivas administraciones en feroces competidores pugnando por atraer inversiones;
- d) la posibilidad de diferenciar entre lugar de inversión, lugar de producción, lugar de declaración fiscal y lugar de residencia, de manera que los empresarios pueden producir donde allí les resulte más beneficioso, pagar los impuestos allí donde les resulte menos gravoso y residir allí donde les resulte más atractivo.

Y todo ello en un contexto que multiplica y profundiza las líneas de segmentación entre los trabajadores hasta producirse una *etnización* de la fuerza de trabajo mundial, de forma que en cualquier lugar la población puede ser dividida en diversas agrupaciones étnicas con independencia de que el criterio mediante el cual son percibidas como tales sea el color de la piel, la lengua, la religión o cualquier otro constructo social (Wallerstein, 1997: 49), dificultando enormemente cualquier proyecto de agregación de intereses.

2. Extensión de la competencia entre mercados de trabajo nacionales y «carrera hacia el abismo» (*race to the bottom*)

El pensamiento económico dominante da por hecho que el problema económico al que se enfrenta cualquier nación moderna es, esencialmente, el de competir en los mercados mundiales. Todo se orienta, aparentemente, a ese objetivo. Del mismo parece depender su bienestar, su desarrollo económico, su nivel de empleo. Por ello, cualquier esfuerzo, cualquier sacrificio es pequeño si viene exigido por la competitividad internacional. Esta es la tesis mantenida por los líderes políticos, por los grandes empresarios, por las instituciones internacionales. Sin embargo, cada vez son más los autores que consideran que «la excusa de

la globalización económica permite a los gobiernos legitimar políticas impopulares que desearían realizar de todas maneras» (Navarro, 1997: 139).

El economista norteamericano Paul Krugman cuestiona radicalmente este pensamiento dominante, considerándolo una visión, pero no un hecho. Krugman lo tiene muy claro: «Sencillamente no es verdad que las naciones líderes del mundo estén en ningún grado importante en competencia entre ellas, o que alguno de sus principales problemas económicos pueda ser atribuido a un fracaso al competir en los mercados mundiales». Más aún: «pensar en términos de competitividad conduce, directa e indirectamente, a malas políticas económicas en un amplio rango de temas, interiores y exteriores, ya sea en sanidad ya sea en comercio exterior» (1997: 16-17).

Cuando se dice que una empresa no es competitiva se está queriendo decir que su posición en el mercado puede volverse insostenible, que a menos que mejore su funcionamiento dejará de existir. Pero los países no funcionan así, los países «no cierran». Por eso el concepto de competitividad nacional es engañoso: porque compara, acriticamente, los países con empresas. Pero mientras que las empresas funcionan desde un modelo de «ventaja absoluta» (Coca Cola compite con Pepsi en un mercado similar, con un producto similar, donde lo que gana una empresa lo pierde la otra), los países lo hacen desde un modelo de «ventaja comparativa». Más aún, la tasa de crecimiento de los niveles de vida de un país depende fundamentalmente de la tasa de crecimiento de su productividad interior. Aún hoy, en un mundo aparentemente tan interdependiente, las exportaciones de los Estados Unidos representan sólo el 10 por 100 del valor añadido de su economía; dicho de otra forma, los Estados Unidos son una economía que produce el 90 por 100 de bienes y servicios para su propio uso, para consumo interno. Como contraste (otra vez el mito del país-empresa se viene abajo), las grandes empresas apenas si venden algo de su producción a sus propios trabajadores: las «exportaciones» de una empresa como General Motors —es decir, sus ventas a personas que no trabajan en la empresa— son prácticamente todas sus ventas. De ahí su afirmación: «los niveles de vida de un país están muy claramente determinados por factores domésticos antes que por algún tipo de competencia en los mercados mundiales». Y continúa: «Los principales países industriales, cuando compiten entre ellos en la venta de productos, son también sus principales mercados de exportación y sus principales suministradores de útiles importaciones. Si a la economía europea le va bien, no lo será necesariamente a costa de la de los Estados Unidos; de hecho, lo más probable es que el éxito de la economía europea ayude a los Estados Unidos proveyéndole de mayores mercados y vendiéndole bienes de mejor calidad a precios inferiores» (Krugman, 1997: 19-20).

¿Quiere ello decir que preocuparse por la competitividad internacional no es importante? Nada de eso: hay razones válidas para preocuparse por la competitividad internacional, pero no son las que el pensamiento económico dominante pretende hacernos creer. La retórica competitiva se ha convertido en una útil es-

trategia política; es sumamente útil a la hora de justificar determinadas decisiones de política económica. Si prácticamente todo —empleos, salarios, bienestar— depende de la competitividad internacional, no hay «sacrificio» que no se deba hacer para mantenerla. Y todo ello, además, por culpa de un «enemigo exterior»: la causa de nuestros males será Japón (una sociedad rara, donde la gente trabaja hasta la extenuación), Corea (sin democracia, sin derechos, con bajos salarios), etc. Retórica competitiva, prejuicios y estereotipos forman así una efectiva alianza que justifica cualquier política económica empujando a todos los países y a todas las empresas a participar en una enloquecida carrera hacia el abismo donde todos compiten contra todos consolidando un inaceptable *mínimo común internacional* de condiciones de trabajo (Gallin, 2001: 52-53).

¿La consecuencia? Beck se refiere a la *brasiñelización de Occidente* (Beck, 2000: 9) y Gallino concluye su análisis sobre la informalización del trabajo en los países desarrollados afirmando que la *surización del Norte* parece estar avanzando (Gallino, 2000: 20-21).

3. Debilitamiento de la soberanía estatal y tendencia a la desregulación

El globalismo neoliberal, hoy hegemónico, se convierte en una acción altamente política que pretende presentarse como totalmente a-política; de manera no es sólo un pensamiento económico, sino fundamentalmente un sistema político cuyos objetivos exigen, paradójicamente, un discurso y una práctica política que niega lo político. Pero nada hay más falso que esta pretensión: «La globalización económica —advierte Beck— no es *ningún* mecanismo ni automatismo, sino que es, cada vez más, un *proyecto político* cuyos agentes transnacionales, instituciones y convergencias en el discurso (Banco Mundial, OMC, OCDE, empresas multinacionales, así como otras organizaciones internacionales) fomentan la política económica neoliberal». El problema es, declaró Tietmeyer en febrero de 1996 ante el foro económico mundial de Davos, «que la mayoría de los políticos siguen sin tener claro hasta qué punto están hoy bajo control de los mercados financieros e incluso son dominados por ellos».

Es por eso que, frente a los nuevos discursos sobre el fin de las ideologías (nuevos sólo en su envoltorio, pues su contenido es muy viejo), el actual proceso de globalización no sólo no significa des-politización, sino una nueva (y, en algunos aspectos, distinta) re-politización. El recurso a la globalización permite a los empresarios reconquistar y volver a disponer de todo el poder negociador del que fueron despojados durante los años Cincuenta y Sesenta. La globalización posibilita llevar hasta sus últimas consecuencias algo que estuvo siempre presente en el capitalismo, desde sus mismos orígenes, pero que se mantuvo en estado larvado durante el periodo de tiempo que Beck caracteriza como «la fase de su domesticación por la sociedad estatal y democrática»: que los empresarios, sobre todo los que se mueven a nivel transnacional, desempeñen un papel clave en la configuración no sólo de la economía, sino también de la sociedad en su con-

junto, recurriendo al poder que tienen para privar a la sociedad de los recursos materiales (capital, impuestos, puestos de trabajo) imprescindibles para su desarrollo.

Se va desarrollando así lo que Petrella (1994: 13) ha calificado de *capitalismo sin obstáculos*, caracterizado por «la transición del capitalismo nacional, fundamentalmente agroindustrial y enmarcado por una economía mixta, al capitalismo mundial, con predominio industrial-terciario, liberado de cualquier tipo de coerción». Un *capitalismo desorganizado* (Lash and Urry, 1987), en el que la inmisericorde mano invisible del mercado vuelve a independizarse del control político:

La tutela de los mercados, el endurecimiento de la coerción que se impone a los gobiernos nacionales, la reducción de sus pretensiones redistributivas. Son otros tantos elementos que vienen a modificar el sistema equitativo de nuestras sociedades, por un retorno a los principios teóricos y por una desaparición progresiva del terreno democrático. La globalización no sólo incrementa en el sistema equitativo la parte correspondiente al mercado y reduce la democracia, sino que lo hace en nombre de la eficacia del mercado, de un orden superior al de la democracia. Eso es lo que se ha dado en llamar impotencia de la política (Fitoussi, 2004: 91).

Una nueva relación de poder entre trabajo y capital

La combinación de un capital globalizado, absolutamente móvil, y una fuerza de trabajo localizada, territorialmente fijada, se ha convertido no sólo en un factor de beneficio, sino en la principal fuente de un nuevo poder. Como señala Zygmunt Bauman, la prácticamente ilimitada movilidad de los propietarios y administradores del capital es la base de un radical descompromiso del poder respecto de toda obligación: de los deberes para con los empleados, para con los más jóvenes y los más débiles, o incluso con las generaciones aún no nacidas. «Sacudirse la responsabilidad por las consecuencias —concluye— es el beneficio más ambicionado y apreciado que la nueva movilidad aporta al capital que flota libremente y carece de vínculos locales» (Bauman, 2001: 213; 1999: 16).

Siguiendo la distinción planteada por Erik Olin Wright (en Silver, 2005: 26-27), podemos diferenciar dos grandes fuentes de poder obrero:

- a) El *poder asociativo*, que es el que resulta de la capacidad de organización colectiva de los trabajadores.
- b) El *poder estructural*, aquel que los trabajadores pueden ejercer a partir de su posición en el sistema económico. Este poder estructural puede dividirse en dos subtipos, a saber:
 - b.1) *Poder de negociación en el mercado de trabajo*, que es aquel que deriva directamente del equilibrio o desequilibrio entre oferta y demanda en el mercado laboral.

b.2) *Poder de negociación en el lugar de trabajo*, que es el que resulta de la posición estratégica que un grupo particular de trabajadores ocupa dentro de un sector industrial clave.

Todas estas fuentes de poder se han visto grandemente afectadas por las condiciones de producción características de la actual fase de capitalismo global.

Fuentes de poder		Impacto de la globalización
Poder asociativo		Debilitamiento de la soberanía estatal y de los marcos legales que tutelan la sindicación y la negociación colectiva.
Poder estructural	Poder de negociación en el mercado de trabajo	Deslocalización. Movilización de un ejército de reserva a escala mundial.
	Poder de negociación en el lugar de trabajo	Fragmentación internacional de los procesos de producción.

Pero tal vez más importante que el impacto objetivo de la globalización sobre el poder político de los trabajadores sea el debilitamiento de la *idea de poder*, de la confianza en las posibilidades de intervención de los movimientos obreros:

Durante el pasado siglo, las movilizaciones obreras se veían alimentadas por la creencia de que los trabajadores cuentan efectivamente con cierto poder y de que éste puede utilizarse para transformar eficazmente sus condiciones de trabajo y de vida. Lo que la globalización ha conseguido, más que cualquier otra cosa, es «vaciar esa creencia de más de un siglo en el poder obrero» y crear un entorno discursivo que ha desinflado espectacularmente la moral política popular y la voluntad de luchar por el cambio (Silver, 2005: 29; Piven and Cloward, 2000).

Desde una perspectiva de futuro, este debilitamiento subjetivo tiene una enorme relevancia. ¿Por qué? Porque si bien es cierto que, en el corto plazo, la globalización modifica las relaciones de poder entre capital y trabajo a favor del primero, a medio y largo plazo esa misma globalización abre nuevas oportunidades para una decidida acción anticapitalista (Callinicos, 2003). Una acción anticapitalista que, hoy por hoy, está siendo protagonizada por movimientos (convencionalmente denominados *movimientos antiglobalización*) no directamente ligados a los procesos de trabajo, aunque con participación, en ocasiones muy destacada, de determinadas organizaciones de trabajadores (Arriola, 2001; Brecher, Costello and Smith, 2002, p. 105; Morán, 2003).

No estamos dando la de arena después de la de cal. Existen posibilidades objetivas de reconstruir un nuevo movimiento anticapitalista en cuyo seno las y los trabajadores juegan un papel influyente. Si, como señala Harvey, «el punto de partida de la lucha de clases está en la particularidad del cuerpo que trabaja» (2003: 66), la extensión del nuevo proletariado mundial (más amplio que nun-

ca) supone un factor de conflicto radical a condición, eso sí, de que sea repensar su lucha no sólo en el interior del proceso de producción sino en el marco más amplio de una *política de la vida* o, en la formulación de Hardt y Negri, *biopoder*, es decir, el proyecto de regular y administrar la vida misma, su producción y su reproducción. De esta manera, «ahora, las luchas son a la vez económicas, políticas y culturales y por lo tanto son luchas biopolíticas, luchas por la forma de vida» (Hardt y Negri, 2002: 38). Sin caer, eso sí, en la mitificación banal del *consumidor político* elevado a la categoría de nuevo sujeto, como hace Beck cuando sostiene cosas como las siguientes:

El contrapoder de la sociedad civil global ... adopta la figura del *consumidor político*. El consumidor está *más allá* de la dialéctica del amo y el esclavo. Su contrapoder emana de que puede rehusar la compra siempre y en cualquier lugar. Al «arma de la no compra» no puede ponérsele límites locales, temporales o materiales. Necesita algunas condiciones, como, por ejemplo, que haya una gran oferta de productos y bienes de servicio entre los que el consumidor pueda elegir. Precisamente con estas condiciones, o sea, que haya pluralidad de posibilidades de compra y consumo, desaparecen los costes subjetivos de castigar con la no-compra organizada *este* producto de *este* consorcio.

Para los intereses del capital es fatal que no haya ninguna contraestrategia para el creciente contrapoder de los consumidores [...]. Las protestas de consumidores son, *como tales*, transnacionales. *La sociedad mundial que existe objetivamente es la sociedad de consumo* [...] Bien conectado y movilizado con vistas a un objetivo, el consumidor sin ataduras, libre, transnacionalmente organizado, puede convertirse en un arma dañina (Beck, 2004: 30-31; 2002: 66).

¿Qué clase de vida nos parece la mejor para todas las personas? Esa es la gran pregunta que está en la base de la política de la vida. Los problemas que plantea la política de la vida no encajan inmediatamente en los marcos existentes, por lo que pueden estimular la aparición de formas políticas diferentes de las que predominan en la actualidad, tanto en los estados como en el plano mundial. Y esto es algo sumamente paradójico: que el simple hecho de querer desarrollar una *vida buena*, que la misma experiencia privada de tener una identidad personal que descubrir y un destino personal que cumplir, se haya convertido en una fuerza política subversiva de grandes proporciones (Roszak, 1985: 21).

El mundo en el que desarrollamos nuestras vidas es un mundo negador de la vida, un mundo invivible dada la violencia estructural de su organización y el continuo trastorno que provoca en nuestros sentidos, en nuestros cuerpos y en la biosfera en la que estamos insertos. Desde esta realidad es desde donde está surgiendo, recuperando una hermosa expresión de Marcuse, esa «rebelión del instinto de vida contra el instinto de muerte socialmente organizado» que caracteriza a los movimientos sociales de hoy (Marcuse, 1979). Recuperar las condiciones para una vida realmente humana, tal es el desafío. Nadie ha expresado mejor que Eric Hobsbawm cuál es el núcleo irrenunciable del proyecto socialista:

Los socialistas están ahí para recordar al mundo que la gente, y no la producción, es lo primero. La gente no debe ser sacrificada. No una clase especial de gente —los inteligentes, los fuertes, los ambiciosos, los guapos, los que un día pueden hacer grandes cosas, o incluso los que sienten que sus intereses personales no son tenidos en cuenta en esta sociedad—, sino todos. Especialmente los que son simplemente gente sencilla, no muy interesante, «simplemente ahí, para reunir las cifras», como solía decir la madre de un amigo mío. Como dice un personaje en el pasaje más conmovedor de *La muerte de un viajante*, de Arthur Miller, que es sobre una persona exactamente igual de mediocre y bastante inútil: «Se debe prestar atención. Se debe prestar atención a ese hombre». Para ellos es y de ellos trata el socialismo (Hobsbawn, 1993: 337).

Es por eso que el núcleo de la propuesta que constituye el hilo conductor de las izquierdas a lo largo de la historia —la defensa innegociable del derecho a la vida: de la *vida de todos* y de *toda la vida*— tiene hoy tanta relevancia como siempre.

Fortalecer la lucha por la igualdad en la sociedad global

Lo diremos recurriendo a un concepto ampliamente extendido: el capitalismo globalista es *insostenible*.

Como advierte Seabrook (2004: 79), el discurso desarrollista oculta un detalle fundamental, cual es el hecho de que «Occidente se enriqueció gracias a la explotación de los territorios y de los pueblos a los que ahora anima a seguir sus pasos». Y continúa: «El secreto mejor guardado del «desarrollo» es que se basa en un concepto colonial, un proyecto de extracción. Dado que la mayoría de los países carecen de colonias de las que extraer riqueza, deben ejercer una prisión intolerable sobre su propia población y entorno». Pero ya no hay espacios vacíos (o «vaciables» por la expeditiva vía de la aniquilación de sus habitantes originarios). O, en todo caso, los espacios a conquistar por las mayorías que quieren sobrevivir son los que nosotros ocupamos: los países ricos.

En 1916, Rosa Luxemburgo escribía: «Lo que distingue el modo capitalista de producción de todos los anteriores es, principalmente, que él tiene la tendencia interna a expandirse sobre todo el globo terrestre, desplazando todo otro orden social anterior» (Luxemburgo, 1974: 218). El capitalismo es un sistema que tiende a desplazar y a sustituir cualquier otra forma de organización socioeconómica. Es un sistema colonialista por naturaleza. Pero el capitalismo global, aparentemente invencible y triunfante, incuba su propia derrota: «Cuanto más reemplaza la producción capitalista producciones más atrasadas, tanto más estrechos se hacen los límites de mercado, engendrado por el interés por la ganancia, para las necesidades de expansión de las empresas capitalistas ya existentes. La cosa se aclara completamente, si nos imaginamos por un momento, que el desarrollo del capitalismo ha avanzado tanto que, en toda la Tierra, todo lo que producen

los hombres es produce de manera capitalista, es decir sólo por empresarios privados capitalistas en grandes empresas con obreros asalariados modernos. La imposibilidad del capitalismo se manifiesta entonces nítidamente» (Luxemburgo, 1974: 224).

En efecto, el gran descubrimiento de la década de los Setenta ha sido el de la existencia de *límites*. Otros lo habían dicho antes, pero desde la publicación en 1972 del informe al Club de Roma sobre *Los límites al crecimiento* nadie debería desconocerlo. Tras años de delirio tecnológico, en los que los países desarrollados se dejaron seducir por la ilusión de que gracias a sus máquinas habían dejado, al fin, de depender del medio ambiente natural, la existencia de límites al crecimiento supone la impugnación de cualquier propuesta de desarrollo que aspire a elevar los niveles de bienestar de los colectivos y pueblos más pobres simplemente mediante el recurso de invitarles a seguir los pasos de las sociedades más desarrolladas: en un mundo limitado no hay recursos suficientes para que todo el planeta sea un privilegiado «barrio Norte». La existencia de límites supone una inexorable enmienda a la totalidad al modelo de desarrollo capitalista, basado en el crecimiento permanente.

De hecho vivimos ya por encima de las posibilidades del planeta. Según el *Informe Planeta Vivo 2004*, elaborado por el World Wildlife Found, la humanidad está consumiendo un 20 por ciento más de los recursos naturales que la Tierra es capaz de regenerar.⁴ Como consecuencia más inmediata, las poblaciones de especies vertebradas terrestres, marinas y de agua dulce han disminuido una media del 40% entre 1970 y 2000. Nuestra «huella ecológica», es decir, el impacto de la humanidad sobre la Tierra, se ha incrementado dos veces y media desde 1961. Ahora bien, este sobreconsumo no se reparte igual en las distintas regiones del planeta. La población de Occidente consume recursos a un nivel extremadamente insostenible. Para que todas las personas del mundo alcanzaran el nivel de consumo actual de los Estados Unidos, con la tecnología existente, harían falta otros cuatro planetas Tierra. Pero no se trata sólo de los americanos: en el caso de España, sus habitantes consumimos actualmente el 200% del capital natural del que disponemos, es decir, necesitamos un total de tres países como el nuestro para soportar nuestra demanda de recursos. En cuanto a los vascos: según señalaba el Consejero de Medio Ambiente del Gobierno Vasco, Sabin Intxaurreaga, la huella ecológica que determinan las pautas actuales de consumo y producción en el País Vasco es tal que «si todos los habitantes del mundo siguieran las mismas pautas de consumo que los de la CAV, harían falta 2,5 planetas con la misma superficie biológicamente productiva» (*Deia*, 2 junio 2004).

Nuestro reto hoy es pensar la igualdad radical de todos los seres humanos en condiciones de escasez, de manera que «si hay alguna forma de salir de la crisis,

⁴ El informe completo en castellano puede consultarse en: http://www.wwf.es/planeta_vivo04.php.

esa forma ha de pasar por un menor consumo material del que ahora existe y, como resultado de ello, ha de pasar por cambios no deseados en el estilo de vida de cientos de millones de personas». Y es aquí cuando el músculo moral se vuelve imprescindible:

¿Cómo puede un técnico de la Boeing de Seattle concebir «estar junto» a un trabajador de una planta de té de India? Para que hubiera alguna forma de solidaridad que uniera a esas personas, es necesario, una vez más, el estímulo moral que parecía tan innecesario para que se diera la solidaridad proletaria en el pasado. Los más ampliamente favorecidos en el proletariado del mundo deben convertirse en gente sensible en gran medida a los llamamientos morales para que haya algún progreso en esta línea (Cohen, 2001: 152).

Como señala Cohen, la tradición igualitaria ligada al marxismo ha despreciado las cuestiones relacionadas con la moralidad. Ello fue debido a la *concepción obstétrica* del marxismo:

Desde sus comienzos el marxismo se presentaba a sí mismo desde una acusada conciencia de estar llevando a cabo una lucha en el mundo y no tanto de ser un conjunto de ideales que se proponen al mundo y al que el propio mundo debería ajustarse [...] El socialismo, surgido en su origen de una serie de ideales etéreos, en lo sucesivo descansaría sobre un fundamento fáctico sólido. Había sido utópico, pero ahora, como resultado del trabajo de Marx, se había convertido en una ciencia.

[...] Los valores de igualdad, comunidad y autorrealización humana eran indudablemente partes integrantes de la estructura de creencias de cuño marxista [...] Sin embargo, a los marxistas no les preocupaban los principios de igualdad. De hecho no les preocupaban valores o principios de ningún tipo y por eso nunca se interesaron por tomarlos en consideración. En lugar de eso, dedicaron su energía intelectual al duro caparazón de hechos que rodeaban sus valores (Cohen, 2001: 138-139).⁵

¿Y cuáles eran esos hechos que conformaban el «duro caparazón» del marxismo? Básicamente dos: (1.º) La existencia de una clase trabajadora cuyos miembros constituían la mayoría de la sociedad, producían la riqueza de la sociedad, eran los explotados de la sociedad, no tenían nada que perder con la revolución, al contrario, estaban interesados en la misma, y tenían la capacidad de transformar la sociedad. (2.º) El desarrollo de las fuerzas productivas «daría como resultado una abundancia material tan grande que cualquier cosa que alguien necesitase para desarrollar una vida satisfactoria podría tomarlo de la tienda sin coste alguno para nadie» (Cohen, 2001: 140, 145). Con estos medios, ¿quién necesita valores?

Fue en parte porque creían que la igualdad era históricamente inevitable por lo que los marxistas clásicos no dedicaron demasiado tiempo a pensar *por qué* esa igualdad

⁵ También hay que tener en cuenta que «la errónea teoría metaética de Marx le impedía ver los principios morales universales como algo distinto a la expresión de intereses de clase históricamente específicos y, por tanto, reconocerlos como la base desde la que él mismo condenaba la explotación capitalista» (Callinicos, 2003: 42).

era moralmente correcta, qué era exactamente lo que la hacía obligatoria desde un punto de vista moral. La igualdad estaba en camino, era bienvenida y sería una pérdida de tiempo teorizar sobre por qué habría de ser bienvenida, en lugar de pensar cómo hacerla llegar tan rápido y de un modo tan indoloro como fuera posible (Cohen, 2001: 140).

Convendría que recordemos lo que ocurrió en la época de la II Internacional (1889-1914), cuando el socialismo fue dejando de ser un fenómeno exclusivamente europeo a medida que la industrialización dejaba también de serlo: obreros alemanes e italianos difunden las doctrinas socialistas por Estados Unidos, Argentina, Brasil y Venezuela; de Gran Bretaña pasa a sus territorios de ultramar: Canadá, Australia, Nueva Zelanda, África del Sur, India; a principios de siglo las ideas socialistas entran en Asia a través de Turquía, cuando los obreros judíos de Salónica y los trabajadores armenios se asocian en subsecciones; los holandeses las llevan a Indonesia; los socialistas norteamericanos residentes en Shanghai ponen en contacto a los grupos chinos con la Internacional (Droz, 1979: 558). Ciertamente, la teoría estaba clara desde el mismo *Manifiesto*: la lucha del proletariado será internacional, o no será. Pero, ¿en qué internacionalismo se estaba pensando? Abendroth, reflexionando en torno al hecho de que todavía la base de la II Internacional se hallaba en los partidos europeos, dice: «La diferencia entre su realidad limitada a Europa y su pretensión universal no llegó a ser consciente para la Internacional» (1968: 60).

Es de sobra conocido el artículo de Marx publicado en 1853 en el *New York Daily Tribune* en el que defendía la función civilizadora del colonialismo británico en la India. En 1882, escribe Engels una carta a Kautsky en la que le dice: «Me pregunta usted qué piensan los obreros ingleses de la política colonial. Pues lo mismo que de la política en general; lo mismo que piensan los burgueses. Aquí no hay partido obrero, no hay más que el partido conservador y el partido liberal-radical, y los obreros se benefician tranquilamente con ellos del monopolio colonial de Inglaterra y del monopolio de ésta en el mercado mundial».

Incluso en las actas del VII Congreso Internacional Socialista de Stuttgart, en 1907, podemos leer cosas como esta: «El Congreso, tras comprobar que por lo general se exagera grandemente —sobre todo de cara a la clase obrera— la utilidad o necesidad de las colonias, no condena en principio y para siempre toda política colonial, que —bajo régimen socialista— podría llegar a ser una obra civilizadora». El representante de Holanda propugnará la creación de una «política colonial socialista». Bien es cierto que también podemos leer en dichas actas intervenciones tan vigorosas como la de Kautsky: «Bernstein ha tratado de hacernos creer que esa política de conquista ha sido una necesidad natural. Mucho me ha extrañado que defendiese aquí esa teoría según la cual existen dos grupos de pueblos, los unos destinados a dominar, y los otros a ser dominados; y que haya pueblos incapaces de gobernarse y administrarse por sí mismos, pueblos de niños grandes. Eso no es más que una variante de la vieja frase que

constituye la justificación de todos los despotismos, y con arreglo a la cual unos nacen con espuelas en los pies, y otros con una albarda en las espaldas, con el fin de permitirles a los primeros considerar a los segundos como monturas propias» (Chatelet, Pisier-Kouchner y Vincent, 1977, t. I: pp. 184-186).

Pero la proclamación de Kautsky, fuertemente aplaudida, y que se plasmará es los textos del Congreso sirviendo en años posteriores de referencia teórica y moral para oponerse al imperialismo, chocará en la práctica con una realidad tozuda, cual era la funcionalidad del colonialismo para el desarrollo de las metrópolis industriales; esta realidad práctica quedará expuesta en Stuttgart en una intervención del holandés Van Kol respondiendo a Ledebour, delegado alemán anticolonialista: «Me limito a preguntar a Ledebour si, bajo el régimen actual, tiene el coraje de renunciar a las colonias. Ya me dirá entonces qué será de la superpoblación europea; en qué país la gente que quiere emigrar podrá encontrar con qué vivir si no es en las colonias [...] ¿Qué haría Ledebour con el creciente de producción de la industria europea si no encuentra nuevos mercados en las colonias?».

Lo cierto es que la aparición de las colonias va a suponer para el movimiento obrero una contradicción cuyas consecuencias se extenderán hasta nuestros días, contradicción que hará de él una especie de «Jano con una cara progresista y otra reaccionaria». Tomo esta expresión de Bédarida, quien la utiliza para referirse al laborismo en Africa del Sur, pero que muy bien puede hacerse extensiva al conjunto del movimiento obrero (Droz, 1979: 511). Lo que ocurre es que Africa del Sur probablemente representó con el mayor dramatismo esta contradicción: una acción obrera impulsada únicamente por trabajadores blancos, buscando a un tiempo enfrentarse a la explotación capitalista y preservar su condición privilegiada frente a los trabajadores negros. De hecho, hasta 1955, año de constitución del *South African Congress of Trade Unions*, no va a existir en Africa del Sur una organización interracial de trabajadores (Luckhardt and Wall, 1980).

Hoy vivimos en una situación que algunos describen como *apartheid global* (Alexander, 1996). ¿Será capaz el movimiento obrero de desoir los cantos de sirena del neoliberalismo globalitario que lo invitan a adaptarse para no morir (en realidad, para que sean otros los que mueran)?

Bibliografía

- ABENDROTH, W. (1968), *Historia social del movimiento obrero europeo*, Ediciones de Cultura Popular, Barcelona.
- ALEXANDER, T. (1996), *Unravelling Global Apartheid. An Overview of World Politics*. Polity Press, Cambridge.
- ARRIOLA, J. (2001), «La respuesta sindical ante la globalización», en J. Arriola (ed.), *Globalización y sindicalismo*, vol. 3, Germania, Valencia.

- BAUMAN, Z. (1999), *La globalización. Consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- , (2001), *La sociedad individualizada*, Cátedra, Madrid.
- BECK, U. (1998), *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Paidós, Barcelona.
- , (2000), *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Paidós, Madrid.
- , (2002), *La sociedad del riesgo global*, Siglo XXI, Madrid.
- , (2005), *Poder y contrapoder en la era global*, Paidós, Barcelona.
- BRECHER, J., COSTELLO, T., SMITH, B. (2002), *Globalization from Below. The Power of Solidarity*, South End Press, Cambridge.
- CALLINICOS, A. (2003), *Igualdad*, Siglo XXI, Madrid.
- , (2004), *Un manifiesto anticapitalista*, Crítica, Barcelona.
- CASTELLS, M. (1997), *La era de la información: Economía, sociedad y cultura. Volumen I. La sociedad red*. Alianza, Madrid.
- COHEN, G.A. (2001), *Si eres igualitarista, ¿cómo es que eres tan rico?*, Paidós, Barcelona.
- CHATELET, F., PISIER-KOUCHNER, E. y VINCENT, J.-M. (1977), *Los marxistas y la política*, Taurus, Madrid.
- DORZ, J. (Dir.) (1979), *Historia general del socialismo. De 1875 a 1918*, Destino, Barcelona.
- FITOUSSI, J.-P. (2004), *La democracia y el mercado*, Paidós, Barcelona.
- GALLIN, D. (2001), «Sindicalismo y nuevo orden mundial», en J. Arriola (ed.), *Globalización y sindicalismo*, vol. 2, Germania, Valencia.
- GALLINO, L. (2002), «La informalización del trabajo en los países desarrollados». *Sociología del Trabajo*, n.º 45, Primavera.
- HARDT, M. y NEGRI, A. (2002), *Imperio*, Paidós, Barcelona.
- HARVEY, D. (2003), *Espacios de esperanza*, Akal, Madrid.
- HOBBSBAWN, E. (1993), «Fuera de las cenizas», en R. Blackburn (ed.), *después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*, Crítica, Barcelona.
- KINDLEBERGER, Ch.P. (1996), *World Economy Primacy: 1500 to 1990*, Oxford University Press, New York/Oxford.
- KRUGMAN, P. (1997), *El internacionalismo «moderno». La economía internacional y las mentiras de la competitividad*, Crítica, Barcelona.
- LASH, S. and URRY, J. (1987), *The End of Organized Capitalism*, Polity Press, Cambridge.
- LUCKHARDT, K. and WALL, B. (1980), *Organize... or Starve! The History of the South African Congress of Trade Unions*, International Publishers, New York.
- LUXEMBURGO, R. (1974), *Introducción a la economía política*, Siglo Veintiuno, Madrid.
- MARCUSE, H. (1979), «La angustia de Prometeo», en *El Viejo Topo*, n.º 37.
- MARTIN, H.-P. y SCHUMANN, H. (1998), *La trampa de la globalización*, Taurus, Madrid.
- MORÁN, A. (2003), «Globalización, movimiento obrero y derechos sociales», en VV.AA., *El movimiento antiglobalización en su laberinto*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- OIT (2004), *Tendencias mundiales de empleo*, Ginebra.
- PETRELLA, R. (1994), «Letanías de la Santa Competitividad», en *Cuatro Semanas y Le Monde Diplomatique*, marzo.

- PIVEN, F.F. and CLOWARD, R.A. (2000), «Power Repertoires and Globalization», *Politics & Society*, Vol. 28, No. 3, September, 413-430.
- REICH, R. (1993), *El trabajo de las naciones*, Vergara, Madrid.
- RIDAO, J.M. (2004), *Weimar entre nosotros*, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, Barcelona.
- ROSZAK, Th. (1985), *Personal/Planeta. Hacia un nuevo paradigma ecológico*, Kairós, Barcelona.
- SANTOS, B. de S. (1999), *Reinventar la democracia. Reinventar el estado*, Sequitur, Madrid.
- SEABROOK, J. (2004), *El mundo pobre*, Intermón Oxfam, Barcelona.
- SILVER, B.J. (2005), *Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*, Akal, Madrid.
- SKLAIR, L. (2003), *Sociología del sistema global. El impacto socioeconómico y político de las corporaciones transnacionales*, Gedisa, Barcelona.
- SMITH, V. (1995/96): «El legado de Braverman. La tradición del proceso de trabajo veinte años más tarde», *Sociología del Trabajo*, n.º 26, invierno.
- VIDAL, J.M. (1987), *Evolución y cambios en la economía mundial, 1960-1980*, Fundación Banco Exterior, Barcelona.
- WALLERSTEIN, I. (1997), *El futuro de la civilización capitalista*, Icaria, Barcelona.
- WALLACE, I. (1990), *The Global Economic System*, Unwyn Hyman, London 1990